



Luis Cardoza y Aragón

Antonio Acevedo Escobedo trabajaba en la Imprenta Universitaria. (La editorial la dirigía Francisco Monterde.) Me pidió Acevedo Escobedo le entregara mis notas sobre pintura mexicana contemporánea: sólo siete pintores. Así lo hice: *La nube y el reloj*. Carecía aún de copia de esos apuntes. Los empecé antes de radicar en México (1932). Crucé cartas ya en 1933 con Orozco. Las he publicado. La inmediata resolución tuvo ventajas y desventajas. Tal vez llevaron el impulso de lo meditado pero no lentamente escrito. Escribir "demasiado" bien ya no es escribir bien.

Estudiar los murales en Guadalajara, en proceso cuando el libro se levantó en linotipo, lo habría demorado más. Según el colofón, se terminó en abril de 1940. Algunos grabados están invertidos. Circuló meses después. Y tardó en la imprenta universitaria varios años. El taller (en las calles de Bolivia) era muy viejo. No se sabía imprimir un libro de arte. Se hizo todo en negro, muy medianamente. Al no más salir mi libro, Diego Rivera quizo acabar con él. Su ataque fue publicidad espléndida. Diez años más tarde, viviendo yo en París, Siqueiros me dedica una serie de escritos con igual propósito.

Manuel Rodríguez Lozano, director de la Escuela Nacional de Artes Plásticas, cuidaba en los talleres universitarios su *Revista de Artes Plásticas*. Tomaba el papel "couché" para ella, y meses transcurrían sin que un nuevo pliego de lo mío entrara a prensas. Si había poco papel, lo exigía para su revista. Tal proceder atrasó mucho la publicación del libro. Rodríguez Lozano, por otra parte, no figuraba en *La nube y el reloj*. Aún me sorprende de se haya impreso.

Manuel Rodríguez Lozano tuvo contratiempos en la dirección de la Escuela de Artes Plásticas. Hombre de cabal honradez, sufrió prisión durante meses por algunos grabados que se extraviaron en la Escuela. Grabados de maestros europeos, en tirajes valiosos. ¿Cómo inmiscuirlo en tal asunto? Por ser director de la Escuela su responsabilidad quedó comprometida. En la Penitenciaría pintó el mural *Piedad*, (1942) actualmente en el Palacio de Bellas Artes. Es de sus obras destacadas. No me seduce. El retrato de Andrés Henestrosa me gusta. Se evidencia el influjo de Abraham Angel, su discípulo adolescente que fue su maestro.

Acontecimiento aún no estudiado, como lo merece, fue la instalación en México de los republicanos españoles. El Presidente Cárdenas les envió armas para luchar. Vencida la República, Cárdenas los acoge y les otorga la nacionalidad mexicana a quienes la pidieron. Ahora la inmigración por el fascismo en el sur del Continente es tan importante como la española.

Hacia fines de 1939, en número considerable, llegaron. Su aportación se hizo sentir de inmediato. Fue en todos los campos del conocimiento. Su capacidad, su iniciativa, los encaminaron a cátedras, a trabajos diversos, a editoriales, a centros superio-

res universitarios, a organizar con los mexicanos El Colegio de México. Fundaron La Casa de España, un Centro español en las Calles de Balderas, revistas como *Romance*, que dirigió, en sus comienzos, Juan Rejano, con Miguel Prieto como diagramador. En la redacción: José Herrera Petere, Ramón Gaya, Juan Gil Albert, Antonio Sánchez Barbudo. Al cabo de los años, parten de México. Así también Francisco Giner, Adolfo Salazar, José Renau, Jesús Bal y Gay, Margarita Nelken, "Como un ángel de vidrio en un espejo", Emilio Prados.

José Bergamín organiza *España Peregrina* y la editorial *Séneca* que publica un tipo de libros nunca antes emprendido en México, pastas flexibles de piel y papel muy delgado: *Obras* de Antonio Machado, *El Quijote*, *Obras* de Juan de la Cruz y la antología de poesía española *Laurel*, ordenada por dos españoles: Emilio Prados y Juan Gil Albert, y por dos mexicanos: Xavier Villaurrutia y Octavio Paz.

José Bergamín crea el ballet *La paloma azul* con bailarinas mexicanas. Decoran los ballets Manuel Rodríguez Lozano, Antonio Ruiz, Carlos Mérida; música de Revueltas, Rodolfo Halffter, Blas Galindo, Moncada, Chávez. Venida poco antes de Nueva York, con un grupo de baile norteamericano que dirigía, Ana Sokolov fue la animadora y directora. Casi al mismo tiempo, Waldeen, pone *La coronela*, con Seki Sano, Gabriel Fernández Ledesma, inspirándose en José Guadalupe Posada. Música de Silvestre Revueltas, muerto en la madrugada del 5 de octubre de 1940. Esa noche, en Bellas Artes, se había estrenado *El renacuajo pescador*, ballet con música: suya y decorados y trajes de Carlos Mérida. En el entierro de Revueltas, Pablo Neruda lee su *A Silvestre revueltas, México (Oratorio menor)*.

En mayo de 1940 un grupo de amigos vamos a las bodas de Alfa y Andrés Henestrosa. De vuelta, después de tres días de celebrar, desde la ventanilla del carro del ferrocarril, compré uno de los diarios capitalinos con la información del atentado contra Trosky, el líder de la revolución permanente, hecho por Alfaro Siqueiros, en la madrugada del 24 de mayo. (Una revolución permanente se niega a sí misma. Es volver rutina lo que por su esencia es destruir la rutina. ¿Es trotskista la revolución mexicana? Cuenta setenta años. Su partido lleva nombre paradójico: Partido Revolucionario Institucional.)

Al matrimonio de Andrés y Alfa Henestrosa fuimos invitados un grupo de amigos. Entre ellos José Bergamín, Manuel Rodríguez Lozano. Nunca había estado en la zona de Tehuantepec. El calor abrumaba en el tren. Juchitán es un pueblo de los más característicos del Istmo, por fidelidad a sus costumbres, por su naturaleza.

Nos alojaron en varias casas. He olvidado quiénes fueron mis compañeros inmediatos, aparte de Antonio Vargas Mac Donald y Raúl Ortiz Avila.

Luis Cardoza y Aragón (Guatemala, 1900) radica desde hace muchos años entre nosotros. Es uno de los poetas y críticos más importantes de nuestro tiempo. Recientemente, el Fondo de Cultura Económica ha editado su *Poesía Completa*. El lector puede encontrar también, bajo el mismo sello, *Guatemala: las líneas de su mano*.



Dormíamos en un primer piso, abierta la ventana, en catres de lona, con una sábana de hilo. El aire se refrescaba un poco en la noche. Pero el viento metía arena. Al desnudarnos barriamos los catres, y luego al amanecer. Desde muy temprano, el sol encandecía la región. Me vendaba los ojos para poder dormir. Aún no principiaban las lluvias.

Los servicios sanitarios nos desesperaron. El calor exigía más la ducha. Pronto nos defendimos con la pequeña fábrica de hielo. Dos o tres veces al día, a ella acudíamos a bañarnos con manguera. Y nos guardamos el secreto. Como si guareciéramos el de la piedra filosofal.

Celebróse la boda de acuerdo con la tradición juchiteca. Fue suntuosa, inolvidable. Sólo faltaron sacrificios humanos. Hacia el medio día, bajo una enramada, el juez leyó el acta y la firmaron los novios, padrinos y testigos. Tehuanas graves aún en su risa, con atuendos de telas de algodón o terciopelo rojo y marco amarillo en el huipil, emprenden danzas con acompañantes que veíanse lastimosos y disminuidos.



José Bergamín



Carlos Chávez



Miguel Prieto



Silvestre Revueltas

El trópico, el sol en el cenit, retumba sobre las enramadas derramando lumbre. El alcohol empieza su perspicaz efecto. Sentíase la bárbara hermosura del fuego. Ellas son cariátidas con pulseras, collares y anillos de oro. En la zandunga, la cadencia de la mujer, los movimientos de su quieta fatiga, el aplomo de su plenitud, en polvo tornaban el ajetreteado bailoteo masculino. Es un baile en el cual el hombre corteja a la mujer, le ruega, la persigue, la asedia. La falda acompasada que roza el suelo ella la ondula, inmóvil la cabecita, mientras regiamente le perdona la vida al zángano que le sirve de pedestal.

Alguna de pies desnudos bailaba arrogante sobre la tierra. Un cántaro se rompe y el agua en un segundo el sol la quema. Voluminosas tehuanas paulatinas de rollizos brazos fundamentales asignaban majestad matriarcal al festejo. Las adultas masivas son tan bellas como las jóvenes que largo tiempo reincidieron en la danza. Alguna canción, la luz estentórea, eran asimismo personajes de la boda que constituían el ámbito nupcial. Extrañas a los pensamientos que originaban, espesa sensualidad impartían con elegancia. El vestido de lucientes contrastes las exalta. Es un estuche en donde descuella su autoridad de mantis religiosa.

En el mercado vivimos parecida fiesta en medio de frutos y de flores de la tierra caliente. Diego Rivera las vio bien en algunos de sus telas y murales. Los pechos insolentes encrespan el corpiño. Bailan o caminan enhiestas con la canasta que sobre la cabeza traen del mercado. Los hombres con sombreros de fieltro de las celebraciones o de palma por el bramido del sol que abrasa comprueban que aquí no es el macho el dueño del vistoso atavío. Ellos semejan que habrían de servirles de alfombra. Ellas reinan.

En el banquete, José Bergamín se sentó junto a mí. Su apuro fue gracioso cuando circuló un guiso de iguana. Tocó apresuradamente madera al descubrir la piel serpentina sobre el pedazo servido. "Me han dado un monedero. Y tú, ¿qué recibiste?" Abusé de aquello que Bergamín apenas podía mirar. Se repuso con tortas de camarones y otros manjares sin relación con supersticiones gitanas o de taurófilo sevillano.

En su pueblo, en el sopor del ámbito, es deleite la contemplación de un grupo de tehuanas. Para esbozarlo deseé un texto suave, como una mano acariciando un muslo. Aparte de acompañar al amigo en sus bodas, para los invitados fue memorable la gallardía de las mujeres. Después, a una de estas diosas jóvenes la vi en México, vestida corrientemente. El milagro se morigeraba en su exilio, lejos del fervor de su luz. En su paisaje hubiese hecho delirar a los más virtuosos eremitas.

Meses antes de la muerte de Silvestre Revueltas, —una neumonía fulminante—, México contaba semanas a oscuras por la huelga de los trabajadores

de la empresa eléctrica. Una madrugada lo encontré mortalmente ebrio, en la esquina de Madero y San Juan de Letrán. Lo sacudí por las solapas. Le grité. Le rogué subiera a un taxi, para dejarlo en su casa. Sus cien kilos resoplaban rugientes. Los ojos perdidos. Aquel hombre luminoso tenía una tosca y enorme cabeza de cocodrilo, con ancha cicatriz de un navajazo en la mejilla. Bregué con él largo tiempo. Inútilmente.

En los periódicos colaboraron españoles. León Felipe y Moreno Villa venidos antes, vivieron y murieron vinculados a México. Gran parte de su obra aquí fue creada. León Felipe nunca trabajó como periodista. Fue un niño dulce y violento. Un león de acero y de peluche. Se enardecía fácilmente con lo que argumentaba. Alguna vez nos formaron rueda los transeúntes en la Alameda, en la Avenida Juárez. Al explicarme con tal énfasis quién sabe qué cosa, enarbolaba el rollizo bastón nudoso que nunca abandonó y parecía a punto de pulverizarme. Me tomó del brazo y siguió exponiendo sus discrepancias con no sé quién.

Así está dedicado el libro integral de León Felipe *Ganarás la luz*: "A Juan Larrea, maestro de poetas, de los que acaban de nacer, de los que van a venir". León Felipe, quijotesco, obsesionado por el Quijote, con Juan Larrea y Jesús Silva Herzog, con el entusiasmo de Alfonso Reyes, Eugenio Imaz, Bernardo Ortiz de Montellano, Alfonso Caso, fundaron *Cuadernos Americanos*. Hace 36 años la dirige Silva Herzog. León Felipe fue el más cuerdo de los locos. Muy entusiasta o buho mudo. En su mirada aterciopelada y caníbal ardía negra llama. Qué prodigio que su existencia misma sea superior a sus poemas proféticamente exaltados. Alma hermosa. En ese barbudo niño rabino había algo de salvaje, angustiado y metálico. Juan Larrea, de apariencia tranquila, con no sé qué ahinco nocturno. Loco de los que sí comen lumbre. El más loco de los cuerdos furiosos.

No nada más por ser vasco, Juan Larrea, con su exigencia diamantina, su amojamado rostro de trisajado monje de Zurbarán, recuerda a un Ignacio de Loyola luciferino. Su talento no reduce su pasión. La dirige y aguza con certidumbre, tal si su adversario fuese el pararrayos que atrae su centella. No pasó mucho tiempo sin crearse un conflicto con el finísimo José Bergamín; un conflicto de esos en que el frenesí de cada uno se hallaba irreconciliablemente enfrentado. *Odium theologicum*. Ambos hubieran sido temibles en un tribunal de la Inquisición: Larrea, por fogoso, incrédulo y místico; Bergamín, por probable creyente y elaborado y sutil dialéctico. Subraya su sarcasmo con lateral sonrisa. No menos inflexible y decisivo que Larrea es Bergamín. Cordialidad cáustica con ojos de gruesos párpados que reclaman la circuncisión. Su cuerpo exento, su esquelética figura de cigüeña disecada y su vocecilla gangosa y como impedida, esconde condición acerina. Me dicen que me parezco a Bergamín. Me lo repiten. Es agudo como un galgo. Como un violín. Lo he vencido sólo en fealdad y en magrura. Cuando estoy de frente, parezco de perfil. Recuerdo que Pepe tiene cara de proa de fragata. Es un dardo.

Sin Larrea y Bergamín sería casi ignorado Vallejo. Lo reeditaron en ámbito abierto y lo estudiaron. Su obra insólita impresa en Lima en los veinte, no transcendía. ¿Habría desaparecido? Nos la devolvieron ellos. Oro de Indias. El ensayo de Mariátegui quedó inconcluso: "Su autoctonismo no es deliberado. Vallejo no se hunde en la tradición, no se interna en la historia, para extraer de su oscuro *substractum* perdidas emociones." Larrea, hace años, escribe y coordina en la Universidad de Córdoba (Argentina) investigaciones sobre el poeta.

Cuando murió Barba Jacob pregunté a Juan Larrea, secretario de *Cuadernos Americanos*, quién escribiría sobre el colombiano. "Nadie. Fue sólo un modernista rezagado, seguidor de Darío. No publicaremos ni una palabra". Así fue.

Guardo del colombiano un recuerdo de extre-



Carlos Mérida



José Renau



José Clemente Orozco



Dr. Atl

mos contrastes: iluminaba lo que veía; otras veces, su mirada ensuciaba lo que veía. Lo tajante de Larrea me atrajo: empezaba consigo.

En la obra de Barba Jacob palpé el casco hendido y los cuernos de fauno maricón. Su naturaleza con no sé qué de celeste y bestial. En los ojos había demencia. Era delgado, moreno, aindiado, terroso, de aire meditabundo de vértices y vórtices, entre cetrino y asfalto, literario hasta la indecencia, con algo de cadáver viviente de luz y de vileza. Su rostro fue de empleado de funeraria, de emisario de la fatalidad. Esta centauresa escribió *Los desposados de la muerte*. Su rostro laminado, que más lo parecía por la nariz aguileña desplomada sobre la boca infecta, soportaba con dificultad el hongo venenoso de sonreír inseguro y equino. Untuoso, solemne. Columna salomónica de mayonesa oscura. Todo él fue un supositorio. Ganó su vida tempestuosamente. Escribió decenas de millares de páginas anónimas y editoriales, en el sentido que le pagaran. Su soltura fue tal que viéndole vacilar en la máquina de escribir, el admirador le dice que está

cansado. Responde: "No quiero mezclar las ideas de cinco pesos con las de cincuenta del editorial de mañana".

Moreno Villa escribió libros y escribió diarios sobre temas mexicanos, con limpidez lograda aun en los más difíciles y oscuros. Una selección formaría valioso volumen. Sus páginas sobre México reclaman tercera lectura. Nos dice correspondencias que no habían sido aventuradas antes, con voz sutil que casi escondía sus revelaciones. En lo apacible de Moreno Villa hubo tal cordura delirante que hasta escribió crítica de arte. Asimismo trabajó para *El Nacional*, Benjamín Jarnés. Cometió la barbaridad de pertenecer a la revista nazi *Timón*, dirigida por José Vasconcelos y Rubén Salazar Mallén de segundo. Hacía lo propio el Doctor Atl. La revista la cerró el gobierno de Lázaro Cárdenas al entrar en guerra contra el Eje.

Se marcharon José Bergamín y Juan Larrea. Quedáronse Joaquín Xirau, Eugenio Imaz, Eduardo Nicol, Enrique Díez Canedo, José Giral, Pedro Bosch Gimpera, Rodolfo Halffter, Manuel Pedrosa, Adolfo Sánchez Vázquez, Antonio Rodríguez Luna, Gabriel García Maroto, Miguel Prieto, Elvira Gascón, Pedro Garfias.

En cuanto pudo, de inmediato, Wenceslao Roces se fue solo a España, mientras se llevaba a la familia. A los ochentitantos después de cerca de cuarenta años de exilio, reencontró a su pueblo. Fue corto tiempo senador comunista por Oviedo. Su salud lo obligó a dejar su sitio al suplente. Es el primer traductor de *El Capital* al castellano.

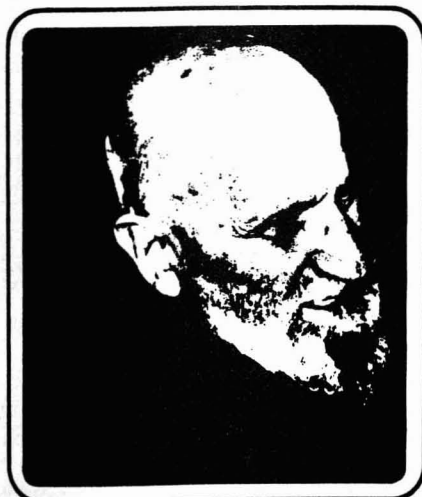
Moreno Villa, José Gaos, León Felipe, con Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas organizan en 1938 La Casa de España, que deviene El Colegio de México. Fundan el Fondo de Cultura Económica. Cuando Luis Buñuel se queda entre nosotros es ya celebrada su obra. ¿Quién que conoció a Roberto Fernández Balbuna puede olvidarlo? José Renau se marcha a Berlín Este. De paso, como conferenciante, traté mucho a Pedro Salinas, corpulento como policía irlandés, de esos que había visto en Nueva York. Recuerdo a los musicólogos Bal y Gay, Mayer Serra. En un accidente, en Burgos (1963), pereció Manuel Altolaguirre. En México, Emilio Prados, Max Aub *La poesía de Cernuda*. Colaboró Cernuda en *Revista de Guatemala*. Nos envió poemas originales. Me arrepiento de no haberle hablado al encontrarnos en las calles de Coyoacán. Vivíamos a corta distancia. Le sabía retraído y señorial. Con su poesía me basta, pensé injustamente. ¿Por qué fui tan avaro de humor y cordialidad? Si quizá Cernuda fue seco ¿no fui yo más? ¿Por qué no decirle: "Te acuerdas de mí, de tus cartas a Guatemala? Ahora los dos somos desterrados. Quiero que vengas a casa. Que conozcas a Lya". Lo imaginaba hermético, aislado en ausencia astringente y altiva. Confieso mi remordimiento. No disfruté la ventura, tal vez acerba, de ser su



José Bergamín



Juan Larrea



León Felipe



Luis Cernuda



Blas Galindo

amigo, como ya lo éramos. Me reconocía y reparaba en que yo lo reconocía. Me saludaba con tenuísima señal de la cabeza y de los ojos. Respondía con igual vaguedad de mi cabeza y de mis ojos. Sí, también yo insinuaba el apenas saludo indeciso. Deseaba hablarme; yo deseaba hablarle. Nos arrepentíamos por cortesía y discreción. De mi parte, por timidez y respeto. De pronto, Luis Cernuda cayó fulminado una mañana de 1963. Perdí, más allá de su obra, el tesoro de su amistad directa, aun cuando mucho me conmueva su desgarrada poesía. Al sepelio asistieron cuatro o cinco amigos comunes. Entre ellos, Max Aub, muerto en 1972. La prensa apenas si se enteró. Fue de los mayores de la generación de la primera *Antología* de Gerardo Diego. La generación de 1927.

¿Cómo era Emilio Prados? Me acuerdo de dos retratos que de él trazó Vicente Aleixandre. ¿Cómo era Emilio? A veces ante sus tartamudeos pienso, no sé por qué, en *El Niño de Vallecas*. Escribió silencios de España. Ese retumbo lóbrego, de piedra inconsútil y de mudez elocuente. Es arduo penetrar en su secreto. Al bajar de la barca, en la otra rivera, Cernuda lo recibe, para que sus pies de arcángel no tropiecen con algún olvido desolado.

Juan Rejano

Mi amistad más prolongada fue con Juan Rejano. Después de dirigir la revista *Romance* entró a *El Nacional*. Cuidaba yo de los suplementos culturales, con relativa libertad por mi juicio artístico diverso del de Raúl Noriega, director del diario. Por ello, debo decir que no los dirigía: me estaban encomendados.

Juan Rejano, uno de los claros varones cordobeses. En muy contados como él, la nostalgia fue más torturante, más incicatrizable. El destierro y el temperamento español causaron polémicas, conflictos, esperanzas y desilusiones. Juzgo admirable que se mantengan agrupados, más que unidos, con local y publicaciones, eficaces en las tareas patrióticas y de la colectividad.

Rejano sufrió por tales tormentas. En más de una, (lealtad e inconformidad, cuando fue menester), se vio a punto de que lo echaran por la borda. Vivió con la dignidad del comunista de toda la vida. Colijo que han sido intensas las querellas: stalinismo, desestalinización; URSS y problemas en Polonia, en Hungría, en Checoslovaquia; la posición de su partido y la URSS en relaciones con Franco y apoyando al más popular de la República, el general Lister, que discrepó de la línea de Santiago Carrillo y de la Pasionaria.

Los españoles están organizados en sus partidos, en centros regionales, desde hace lustros. Los gallegos, los catalanes, los asturianos, los vascos, los andaluces: un país multinacional. Se reúnen así para

discutir, para rememorar; para mitigar su nostalgia los de actividad política. Para ejercerla. Pocos se ligaron más con los mexicanos e hispanoamericanos que Juan Rejano. Fue la cordialidad misma. Sería largo enumerar en cuántas ocasiones nos asistió. Así lo reconocerían otros desterrados. Se inventaba tiempo para servir; para la solidaridad.

Cuando partí a Guatemala en 1944 fue designado para coordinar los suplementos dominicales de *El Nacional*. Al volver en el 53 a ganarme la vida, me propuso que habláramos con el director del periódico, que ocupara de nuevo aquel trabajo. No acepté, por supuesto. Pocos hombres tan camaradas y abiertos. Se le ha señalado como rígido en su estética. Es no conocerlo. Su obra, esencialmente lírica, lo comprueba irrefutablemente.

Carecer de posibilidad de acción directa sobre su medio, además de las marejadas del comunismo mundial y del español en los últimos lustros, originaron tensiones. Conozco tales circunstancias con mis compatriotas sin haber sido nunca miembro del partido. Las polémicas suelen volverse en el destierro más enconadas cuanto más bizantinas. Las he sentido. Las he sufrido. Trato de explicármelas. Hay un desfogue, una efusión salvadora, como una sangría en un cuerpo cegado de pesadumbre. Terapia colectiva: psicoanálisis de grupo. Un *striptease* higiénico y emoliente. Las colonias de proscritos, semi en ghetto, se juntan para reñir, para reconciliarse y reconfortarse. Para colaborar por encima de las diferencias.

El libro de los homenajes lo retrata a sí propio: "En nuestros días, tan llenos de crueldad, es cada vez menos frecuente que los poetas consagren una parte de su canto a celebrar la obra o el resplandor humano de sus camaradas. El mundo que nos rodea está hinchado de pobre adulación, pero no de sinceridad y, menos, de generosidad". En este libro sobresale el *Retrato de Pedro Garfias*. Y me conmueve, aparte de la amistad, su nostalgia que equipara a la mía, en el poema a mí dedicado. Lo compuso después de visitar Guatemala, en ocasión del ascenso a la presidencia de Jacobo Arbenz.

La palabra verdadera, la que se ha renovado y limpiado del uso inmediato, cotidiana y como recién nacida. Asentada su desesperación, viva en la palabra verdadera, *El jazmín y la llama* me cautiva con su plenitud. Es una poesía alquitarada. Lo que apenas puede decirse, las más suaves modulaciones del sentimiento emergen en este libro redondo, con nobleza y con acento propio.

No requiere avanzar por tierras vírgenes. Se basta al confiar en que imágenes personales asuman los abatimientos y las exaltaciones. Un poeta que se interroga sabe que no hay respuestas aparte de vivir cimas del tiempo. No se doblega bajo las ascuas de las motivaciones de su poesía: las rige sin

dejarse sumergir por ellas. Así nace la libertad del poeta que por trascender su sentimiento no puede tentarlo el grito.

Juan Rejano es dueño de una obra cernida por su rigor. Ahora, por un instante, tomémosla en conjunto. Veámosla entera. Recordemos sus movimientos, ritmos, equilibrios que no son nada más victorias lingüísticas que nos hacen conocer la sustancia de su vida poética. Se desarrolla ésta como sin elementos estáticos, por el dinamismo de correspondencias.

El jazmín y la llama nos conduce a esa totalidad. De nuevo encontramos los temas característicos de su poesía: el amor, la muerte, la nostalgia, la conciencia del tiempo, la condición humana. Rejano fue un andaluz grave y hondo en el sentir y en el pensar. Su poesía rezuma densidad mezclada a los dones de la gracia. Nos ha dado poemas entre los mejores de los poetas de su generación. Sabe ser brisa en las coplas y soleares. Y en su generación, España cuenta voces creadoras del idioma. Lo

siento nutrido de Siglo de Oro, sin que atine a discernir preponderancia particular, aparte de la lección que pone la novedad —que no se mustia— de la exactitud.

La pasión que nos conmueve llanamente fluye, río de potencialidad escondida y segura. Más allá de tal tempestad, para asirla y entregarla íntegra ("nostalgia, silencio, aroma"), se requiere el dominio de lenguaje propio, sujetar la emoción, sobrepasarla. Crear un sistema de signos personales dentro del lenguaje de todos, es primordial empeño del poeta.

Lo releo ahora que conozco de él un nuevo libro. Descubro cómo desde sus más tempranas composiciones lo distingue la naturalidad que surge de remota maduración. Poesía mate y soterrada, lejos de la interjección, del realce exclamativo. Tranquilamente sin paz, angustiosamente serena. Ni anécdota ni descripción. Diciéndonos lo suyo con íntima palabra transcendente.

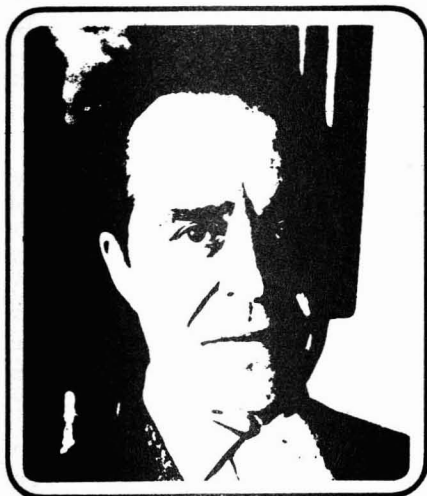
La poesía está compuesta para todos, por todos, con las emociones y reflexiones de todos. Sin embargo, siempre es otra, inagotable y otra. La traición de las palabras, su prematuro descalabro permanente y previsto, le confiere el trágico supuesto que irrumpe en la distancia que separa lo que se escribe de lo que se hubiera deseado decir.

El tiempo que se va, la muerte, el amor son de todos; cada uno vive su experiencia, lo distinto dentro de la unidad. Lo absolutamente real en la nebulosa compartida. La poesía comparte esta realidad absoluta, reduce la nebulosa con la palabra. Absoluta por cuanto es de todos. La sensibilidad es el talento del poeta.

Lo auténtico no se encuentra en los temas sino en el tono. ¿Hay algo más difícil que un libro de amor? *El jazmín y la llama* fue decantado hasta destilar lo inevitable. Libro embebido de hondura que veta cualquier sentimentalismo. El riesgo residía, en que lo escueto secara la humedad cordial.

Por el pudor de la zozobra emerge la emoción y vivimos el desasosiego. Su poesía —nostalgia remansada, angustia sin lágrimas— es concreta. Yo no deseo señalar sólo las vivencias privativas del canto; deseo atender su condición de canto rodado que se revela lejos de la elocuencia; tanto más lejos cuanto más doliente. Mis reflexiones se encaminaron hacia su condición misma. Hacia la originalidad silenciosa.

Algunos momentos de Juan Rejano me son inolvidables. Una vez lo vi tomar de la cartera un pequeño retrato de las dos hijas que dejó niñas y lo habían hecho abuelo. Estuvieron a punto de correr las lágrimas. Y lo evoco anonadado ante el cadáver de Luisa Carnés. Era tal el sufrimiento que si siempre causa desasosiego ver llorar a un hombre como hombre, ver a Juan llorando a gritos, se me grabó con su dolor definitivo. Logró encontrarse con sus hijas. Conocerlas nuevamente. En un pue-



Juan Rejano



Max Aub



Jacobo Arbenz



Vicente Aleixandre



Pedro Garfias

blo del sur de Francia fue la reunión. Lo escucho charlando con ellas. Con su España.

Jovial, exigente: su obra y su vida trazan una sola parábola. Era de mi estatura, de mi compleción. Ni una cana en la cabellera endrina. Más que gitano, fue moro de Córdoba. Moro moreno oscuro. Aceitunado. Cantaba bien. Parecía torero sin traje de luces. Supersticioso como buen marxista andaluz. En su semblante se leía su bondad y energía. Fue desesperadamente español. La mitad de su vida fue destierro; combatió desde la juventud. Adueta modestia sin orgullo. Escuchaba circunspecto y sonreía aquiescente. Adivinaba el sentimiento y el pensamiento.

Parecía saber lo que íbamos a decirle. Cuando Manolete, celeberrimo diestro paisano suyo triunfaba en ruedos de México, Juan se pasaba horas charlando con él y sus amigos. Me aseguraba, en su entusiasmo que no era franquista el diestro. Los recuerdos lo atormentaban en la tertulia con la guitarra. A mí me hubiera acontecido lo mismo. La infancia posee potestad. A Juan Rejano en el desierto le pongo su chelaba y las babuchas, lo subo a un camello y llega cantando a la Meca.

Decidió con presteza su retorno a España. Se lo impidió la única voluntad que podía impedírselo.

Murió Juan en julio de 1976. Dirigentes de su partido me piden unas palabras. No asisto al velorio ni al cementerio. Adolfo Sánchez Vázquez leyó lo que yo no hubiese podido leer:

"Juan, hermano mío, te hablo como quien supo e intuyó algo de tu serena virtud. Hermano mío, quien te conoció, quien ha leído tu poesía alta y recóndita, quien sabe que fuiste canto, lucha y espiga de ternura, también sabe que tu existencia fue armoniosa y terrible de amor a España y de amor al hombre. Luchaste siempre por el advenimiento de la felicidad.

Armoniosa y terrible —decía— por tu pertinacia, por tu optimismo sin desmayo, por tu certeza de que nuestra España, como nuestra América tuya asimismo, abre su camino. Qué desvalidas, qué insignificantes suenan mis palabras al recordarte. No consigo abarcar un pétalo de tu vida. Tu corazón se desbordaba en nobleza popular, en cantos de amor y en cantos combatientes.

Juan, hermano mío, compañero en afanes y destierro, compañero en Góngora y en Lorca, compañero en las penas y en las furias, vuelves a Córdoba cuando tu pueblo encrespado rompe diques que intentan detener su luz precipitada.

Qué entereza, qué ternura y reciedumbre iluminó cada uno de tus actos. Porfío en decir cómo te comprendo, y tartamudeo y te llamo pueblo y espuma. Y te llamo acero y olivo. Abro tus páginas. Evoco años recorridos juntos. Tu poesía es claro afluente del caudal de tradición compartida, de la voz de tu sueño y tu combate.

Nada sé decir para mis amigos muertos. De hombres como tú, como muy contados legítimo, singularmente esencial, acaso si apenas acierto a balbucir, hermano mío, que no escuches mis palabras inválidas, que mejor escuches mi silencio, mi silencio mísero que coloca sobre tu pecho un ramo de rosas.

Tu grave poesía sonriente erigió un canto de presagios, de albas y certidumbre fraternales. Tierra de España y tierra de México acogen tu sueño. Tu patria fue el planeta; tu compatriota, el Hombre.

Anonadado, enmudezco. El viento se lleva las palabras. El dolor no se lo lleva. Súbitamente me pregunto: ¿Por qué estaríamos tan dolientes? Leo contigo las *Coplas* de Jorge Manrique. La luz que se llamó Juan Rejano cumplió su destino venciendo mil adversidades. Hermosa plenitud fue la suya. Los sabemos; pero el dolor no se amengua. Alguna vez, tarde o temprano, nos decimos: Hasta la vista. Tú has vuelto ya. Tu sencilla grandeza, como toda grandeza, y tus poemas están presentes para siempre. Pueblo de España eres y serás. Del Romancero te vi llegar. En alto alzaste el puño. Cerraste la mano con el mismo amor con que la dabas abierta. con la misma lucidez sincera.

Evoco a Cernuda, a Prados, a Moreno Villa, a León Felipe, a Garfias, a Altolaguirre, a Luisa y al obrero aquel cuyo nombre ignoro, a quien leías San Juan de la Cruz o Garcilaso. Hoy los visitas para siempre y cantan juntos en la muerte sin fin.

Hermano mío, sé un poco quién eres. Sé un poco cuán dilatado fue tu preciso corazón cabal. Supe un poco del fervor de tu vida. Qué profundidad de pueblo alentó en tu sabiduría manifiesta en actos y en pensamientos que revelaban la verdad de la vida.

La tuya, Juan, pertenece a la lucha de tu pueblo. A la poesía de tu pueblo existida como realidad. Como pan a compartir. Vivida como participación. Como presencia y prodigio. España clamó en tu silencio y en cada una de tus palabras, asumida con pasión y con el anhelo definitivo de un mundo por el cual luchaste.

Viviste tantos años en España como en tu México amado. Tu obra en su mayor parte aquí fue creada con nostalgia. En tu poesía se embravece la tormenta de tu alma que pareció apacible. Que pasión de diamante en tu acento estremecido. Que ímpetu de bondad la encandescía. Qué vehemencia ocultaba tu delicadeza.

Buenos días, Juan. El sol asoma en los altos montes. Tú estás ya en su voz cenital. Te digo: Descansa en paz, hermano. Pero bien sé que tu poesía, que tu vida y tu memoria prosiguen cantando y combatiendo.

Juan Rejano, fuiste todo un hombre."